

Una antología del recuerdo

Rosita Kalina de Piszik

Me acaban de regalar un libro. El título: **Obra en marcha: Poesía 1965-1980**. El autor: un poeta costarricense a quien tuve la oportunidad de conocer hace ya más de veinte años, allá en la antigua oficina de mi esposo, cerca del desaparecido Cine Roxy, donde por circunstancias del destino (nuestro mecánico dental se vislumbraba ya como un pintor de cualidades excepcionales) se reunían los artistas jóvenes en animada tertulia vespertina, acompañados por la bullanguera Banda Militar de San José, que, en el segundo piso del edificio, ensayaba una marcha patriótica o un dulce vals de Strauss. (Era tan especial esa oficina, que una vez se acercó un paciente a la secretaria y le pidió que subiera el volumen para escuchar mejor "**Cavalleria Rusticana**"). Eran poetas, pintores y escultores jóvenes, hoy pilares sólidos del quehacer artístico costarricense, discutiendo y comentando por entre articuladores protésicos, moldes de cera, centrifugas y sopletes, los últimos libros de Latinoamérica, sus propias exposiciones, o un poema muy bien logrado de alguno de ellos.

El poeta joven a quien me refiero era discolo sin llegar a la retórica; sarcástico a veces hasta la burla; dotado de una sensibilidad poética poco común; amigo de poetas, enemigo de algunos "ismos" en boga durante los años cincuenta y sesenta; casi anárquico. Fue así como entré de puntillas y casi sin entenderlo, en ese mundo de la nueva poesía de Costa Rica tan llena de sugerencias y visiones íntimas, de cuerpos abrazados, de manos y de rostros con rumores falsos que poco a poco despiertan el ojo interior del poeta y lo hacen rebelarse o retroceder, cuando con las

manos vacías escribe su poemario poblado de sueños y eternidades, de árboles de agua y desolación de luces, tratando de resolver los intrincados reinos de su mundo, esos mundos poblados de máscaras y esa vida que se le antoja "sucesión de cárceles", cual un Camus retorciéndose entre su mundo del absurdo y de la nada.

De ese intimismo existencial, dividido entre dos universos, y como Jano, con dos rostros diferentes, sumergiéndose, se abre abismal y artístico a otro poemario (mi favorito), **Arbol del Tiempo**, escrito entre 1965 y 1967. Ese año lo perdí de vista por un lapso largo, al final del cual lo leí: su yo poético se había definido en el silencio, en ese árbol milenario e inmemorial, fuente de vida y de dolor, rito eterno en las raíces del aire, o albas desvanecidas en el acontecer diario, prisionero del tiempo y la memoria, como un Prometeo eternamente atado al Monte Cáucaso, "con un cauce abierto entre los cuatro puntos cardinales".

Arbol del Tiempo abrió mis venas a horizontes dormidos. De mi propia timidez y ceguera recogí los ecos de esas voces jóvenes e incomprensibles, y me interné en la mágica visión de sus Zoharés y sus Taarots, un tanto adormilados en mi diario trajinar, pero siempre frescos en la memoria colectiva. Vino después su libro **Cuerpos**, continuación en cierto modo del anterior, pero más ligado a la tierra, al cuerpo que desata la memoria del olvido para "aprender el lenguaje del árbol, del niño y de la piedra..."

En 1970-1976, **El Libro de la Patria** agregó un eslabón a esta antología, y busqué al poeta costarricense, esta vez recorriendo sus rincones familiares, el Cartago de su

niñez, sus figuras queridas, a sus amables enemigos y a sus amigos fieles "siempre tan pocos", como él mismo afirma en su poemario. Aquí descubre al pueblo, a las montañas llenas de azul, a los ríos de su patria, y no calma su ardor hasta dedicarle unas cuantas poesías a los diputados, a los presidentes, a los pseudo-poetas, a los burócratas, un primer intento de poesía ideológica que pugna por saltar el entorno de ensoñación íntima de los libros anteriores.

Por último, en **Los pies sobre la tierra**, 1977-1980, de tesitura más realista, estalla su vocación intelectual y política. He aquí una poesía más clara y sencilla que reafirma su amor a la patria, con una temática sólida, no exenta de sentimientos personales.

Este poeta, Premio Nacional en 1968 con **Los Reinos de mi mundo**, hoy me entrega, con gesto cordial, una antología de su arte poético, editada por la Editorial Costa Rica. Me devuelve a los años de supervivencia en ese árbol sin tiempo que expande raíces, que se eleva por encima de los "ismos", y me regocija con una poesía siempre vital y fresca.

Obra en marcha, de Alfonso Chase Brenes, mi amigo de siempre, representa una jornada más en la vida artística de este infatigable escritor nacional.

La Nación es un periódico independiente, en su línea de pensamiento y no acepta necesariamente, como otras, las ideas vertidas en los artículos firmados.